

AGENDA CIUDADANA

LOS CAMINOS TORCIDOS DE LA TRANSICION MEXICANA

Lorenzo Meyer

El Problema.- En su momento, la oposición rechazó la posibilidad histórica de unir fuerzas para dar la gran batalla al PRI. Fue una decisión preñada de graves consecuencias que ahora se hacen más evidentes. En la medida en que en los próximos meses Cuauhtémoc Cárdenas o Vicente Fox no logren levantar y sostener, cada uno por su lado y en conflicto, una enorme ola de entusiasmo popular capaz de ahogar por si sola a la vieja pero muy poderosa maquinaria electoral del "nuevo PRI" -- situación particularmente difícil en un periodo de fatiga y desencanto electorales y de renovado apoyo del gran dinero al partido en el poder--, su derrota el año próximo no será como las del 88 y 94 sino enteramente distinta. En efecto, si en el 2000 el PAN y el PRD, jugando cada quien por su lado, vuelven a ser aplastados por el partido de 70 años, su fracaso tendrá lugar en condiciones de competencia real y de aparente limpieza y equidad --el Instituto Federal Electoral será la garantía de todo ello--, y entonces el PRI no sólo mantendrá el poder por seis años más, sino que lo hará vestido, **por primera vez en su larga historia**, con el ropaje de la legitimidad democrática. Y la cruel ironía, si ésto ocurre, es que ese traje de demócrata genuino, lo habrá elaborado y entregado al viejo instituto autoritario la desunión de sus oposiciones. Un triste principio de siglo político que ojalá no se de, pero que tiene altas posibilidades de ocurrir, resultado de la miopía y la falta de grandeza de la oposición y de una clase política vieja y corrupta pero astuta.

Un Cambio muy Relativo.- Es innegable que el sistema político mexicano ha sufrido una transformación sustantiva a lo largo de los últimos tres lustros, pero es igualmente innegable que el cambio ha sido mucho menor de lo que la modernización, la historia y, sobre todo, la justicia y la decencia, requieren y demandan. La calidad de la vida política mexicana actual y la que ya se vislumbra para el futuro inmediato, dejan mucho que desear, y quizá no sea ajeno a ello el hecho que la transición mexicana ha sido muy larga, llena de indefiniciones, cuentas pendientes y actores que no siempre han estado a la altura de las circunstancias, en una palabra, bastante torcida. Así, oteando la orilla a la que estamos llegando tras un esfuerzo considerable, descomunal, resulta que se parece demasiado a aquella de la que partimos al inicio del proceso.

De acuerdo con la definición aceptada de arranque de una transición política --la erosión irreversible de las reglas del juego político tradicional--, las primeras señales claras de que el viejo régimen ya no podía sostenerse sin cambio y a pesar de la fuerza de las inercias y los intereses creados, fueron, los hechos de Tlatelolco en el 68 o, por lo menos, las lágrimas presidenciales del informe de 1982 y la gran crisis económica que las motivó (el fin del corto auge petrolero y el principio de la era de la deuda grande y el crecimiento pequeño) y la sorpresiva victoria del PAN sobre el PRI en Chihuahua en 1983.

Tan absoluto fue el triunfo de la oposición en el más grande de los estados fronterizos en el 83, que el gobierno recién llegado de Miguel de la Madrid se vio obligado a reconocer la derrota de su partido mientras acumulaba fuerzas para la revancha: el “fraude patriótico” de 1986, gracias al cual los pocos chihuahuenses del campo --priístas, desde luego-- derrotaron a la mayoría urbana que apoyaba al PAN.

Sin embargo, la recuperación de la plaza nortea por el PRI ya no significó un “retorno a la normalidad”, pues estaba en marcha una “insurgencia electoral” nacional que estalló en el 88. El resultado fue el gran fraude del 6 de julio y sus fuertes repercusiones negativas sobre la legitimidad del sistema.

La conclusión de la transición política mexicana --que ya lleva, al menos, dieciséis años sino es que treintiuno-- puede estar ya tan cercana como las elecciones del año 2000, pero su final bien puede ser un desencanto para los que hubiéramos deseado un cambio más sustantivo y una enorme satisfacción para los que temen a la transformación real. En efecto, a estas alturas del proceso, todo hace suponer que en las elecciones del año entrante, los mexicanos por fin lograremos llevar a buen puerto el esfuerzo por tener un proceso electoral al nivel que dictan los cánones de la modernidad, es decir, sin el fraude generalizado y sistemático que caracterizó las jornadas del 29, el 40, el 52 o el 88, sin la descarada falta de equidad que marcó la del 94, y con una competencia real que no existió en la mayoría de las elecciones que se celebraron del 36 al 82. Sin embargo, es muy probable que la nuestra termine por ser una transición sin alternancia y que el PRI siga en control del poder con todo el peso de su tradición, misma que se puede resumir en una sola palabra: corrupción.

Si se Quiere ser Optimista.- Que políticamente las cosas han cambiado en los últimos años, es algo que podemos comprobar de muchas maneras. Por ejemplo, la forma pacífica, negociada, en que las autoridades del Distrito Federal resolvieron la marcha de los huelguistas de la UNAM el 5 de noviembre pasado, contrasta con lo sucedido cuando el antiguo régimen estaba en plena forma, bajo Gustavo Díaz Ordaz o Luis Echeverría. En las páginas del pequeño libro autobiográfico de Paco Ignacio Taibo

II, titulado 68, nos encontramos con los estudiantes inconformes que marchaban por las calles capitalinas la tarde del 26 de julio de 1968 y, sin que mediara advertencia alguna, se toparon con unos granaderos que, a garrotazo limpio, sin negociación ni razones aceptables, pretendieron poner punto final a esa y a cualquier otra expresión pública de inconformidad. En el viejo régimen la autoridad simplemente no toleraba que nadie pusiera en duda su derecho a mandar cuando, donde y como lo considerara apropiado. El soberano era el presidente y nadie más, políticamente los ciudadanos no contaban para otra cosa que no fuera el apoyo y las expresiones de conformidad incondicionales.

El contrapunto entre el 68 y el 99 puede extenderse. Hace treintiuno años, las puertas de las instalaciones de la UNAM cerradas por estudiantes las abría el gobierno a bazucas; hoy, el presidente, explícitamente y por las razones que sean, se niega a usar la fuerza para poner fin a una huelga que ya lleva más de doscientos días. Los gobernantes del Distrito Federal del 68 eran designados por el jefe del Ejecutivo y sólo respondían ante él; hoy, esos funcionarios son electos y deben responder ante assembleístas y someterse al juicio de las urnas. En el 68, los gobernantes de la capital, como los del país entero, pertenecían al único partido al que pertenecían todos los que estaba en posiciones de autoridad. Hoy la capital, como en nueve estados, están gobernadas por autoridades afiliadas a un partido distinto del PRI, y son parte de una oposición que, en momentos, puede ser ya contrapeso al viejo partido de Estado y al presidente. La marcha de los paristas del 99 contó con la presencia de observadores de organismos defensores de los derechos humanos para impedir que la policía actuara con la brutalidad que la ha caracterizado históricamente; en el 68 no había en México la mínima posibilidad de que existieran organizaciones no gubernamentales efectivas en

el área de la defensa de los derechos humanos ni en muchas otras áreas: fuera del corporativismo priísta no habían salvación. Lo que sucedió en el 68 fue reportado por los medios de difusión de la manera que el gobierno deseaba ya que no tenían alternativa; hoy la pluralidad en prensa y radio es innegable y, a veces, hasta se asoma a la televisión .

Los Otros Indicadores.- El indicador más preocupante de que el futuro inmediato se va a parecer mucho al pasado, es que han aumentado notablemente las posibilidades de una transición sin alternancia. La oposición real --PAN y PRD-- se negó a unir fuerzas y va por separado a la elección del 2000. El proceso de selección interna del candidato del viejo partido de Estado que tuvo lugar el domingo 7 no tiene en si mismo mucha importancia, aunque se le pretende presentar como el acto y el acta de nacimiento del “nuevo PRI”; lo realmente significativo no fue el cambio en las formas de hacer prevalecer la voluntad del presidente --que desde el inicio del proceso dispuso que un miembro de su gabinete, Francisco Labastida Ochoa, fuera el candidato del partido oficial-- sino el poder de la maquinaria que presentó el tradicional “dedazo” como una manifestación de la voluntad general. En efecto, la operación “domingo siete” debe de ser vista como un ensayo general de lo que nos espera para el 2 de julio del 2000.

La maquinaria que hace unos días impuso la voluntad del presidente sobre aquellos priístas descontentos porque en los últimos dos sexenios el PRI había tenido que pagar los platos rotos por los tecnócratas de la presidencia, es la misma que ya se prepara para imponerse sobre una oposición dividida. Lo que la campaña de Francisco Labastida mostró es que la calidad del candidato priísta y su programa son irrelevantes

en relación a los resultados. Los aparatos priístas --operadores electorales, líderes de las corporaciones, gobernadores, presidentes municipales, etcétera-- disponen de muchos medios para lograr que sus bases sigan “la línea”, cualquier línea. Si la maquinaria no mostró ningún escrúpulo para aplastar a los propios --recuérdense las muchas denuncias de ilegalidad interna presentadas por Madrazo, Bartlett y Roque--, menos lo va a mostrar con sus rivales de fuera.

La campaña electoral interna del PRI dejó constancia de que, cuando las circunstancias lo requieren, el partido puede disponer de recursos económicos en cantidades prácticamente ilimitadas, lo que le permite una impresionante campaña de propaganda en bardas, postes, árboles, anuncios espectaculares, prensa, radio y, sobre todo, en el medio que más cuenta, el más caro y de mayor penetración: la televisión.

La riqueza se ha concentrado en el México neoliberal casi como lo estaba en el México prerrevolucionario, y esa riqueza sigue estando, de una manera franca, con el PRI. La clase dominante, va a darle a Francisco Labastida todo el apoyo que sea necesario para mantener una vieja y muy redituable relación con el gobierno. La innecesaria felicitación del presidente norteamericano al PRI y el beneplácito mostrado por su embajador en México al conocerse los resultados de la elección interna de ese partido, son otros tantos indicadores de que la antigua alianza entre Washington y el aparato priísta, se mantiene.

El “nuevo PRI” es un odre nuevo para un vino que de tan viejo es vinagre. El grupo dirigente de ese partido, y del que, en caso de que vuelva a ganar en julio próximo, el equipo gobernante estará conformado por priístas viejos, pues Labastida y

los suyos pertenecen a la generación anterior a la de Salinas y Zedillo. Se trata, por tanto, de un grupo político que adquirió sus valores y formas de operar, en la época del “partido casi único” y en donde, para citar a Gabriel Zaid, la corrupción no era una característica del sistema, sino que la corrupción era --y sigue siendo--, el sistema. Tomás Eloy Martínez, tras examinar el resultado de la transición política en Brasil y Argentina, llega a la triste conclusión de que en el sur de América la corrupción ha resultado ser enteramente compatible con la democracia política (*El País*, 6 de noviembre). ¡Si eso ha ocurrido donde la inauguración de un nuevo régimen se acompañó de la alternancia, que esperar en México donde la transición puede ocurrir sin cambio de partido en el poder, y sin cambio de guardia dentro del PRI! .